

Leves historias del corazón



ANTONIO
ENRIQUE

Las *Historietas de Bernardo Ambroz* (Port-Royal, Granada, 2011) nos devuelven al Fernando de Villena más ameno, más amable, más natural y cercano: el amigo de las ventas, con sus innumerables sucedidos, y de los pueblos con su vida llana, andaluces en este caso, que narra con enjundia, viveza y buen humor. Laten aquí el descanso de la ciudad y la entrega a ese otro palpito de la vida rural, con su pintoresquismo y sabor local, para cuya recreación el autor cuenta con sobradas dotes de observación e innegable gracejo. Leer este libro supone una inmersión en un mundo que ya expira, por lo que, ante todo, viene a ser un ejercicio de nostalgia de aquellos años 60, tan poco transitados por quienes los vivimos de pequeños. Evocados aquí con sencillez acorde a la visión de cuando éramos niños, el lector descansará sin duda de implicaciones demagógicas, tan asociadas a aquella época: acritud no hay, aunque tampoco solapamiento de lo que aquello fue en sus pequeñas miserias. En el fondo, este libro es un homenaje a aquellos hombres que trabajaban con la mayor honradez, hombres de bien a quienes la política no conturbaba, pues anteponían a ella su sentido del deber. Pero el tono dista de lo ideológico, afortunadamente. Aquí interesa la humanidad, y triunfa la alegría de contar, sin prejuicios. Fue un tiempo difícil, pero esperanzado en el porvenir.

El alma de estas hasta doce historietas es Bernardo Ambroz, corredor de seguros, hombre cabal, hidalgo de corazón. Tan sensato como discreto, tolerante y buen conversador, es, a su manera, un quijote de aquella época. En sus andanzas le acompaña un mozo zascandil, astuto a su manera, aunque también ingenuo. Ambos juntos, integran un contrapunto de idealidad y de elementalidad donde resuena el paradigma cervantino, tanto más por cuanto Ambroz es un lector ávido y cultivado. En un seiscientos color oliva, transitan por media Andalucía, viéndose con gentes de todo pelaje y condición. Y así van apareciendo poblaciones como Guadix, Baeza, Antequera, Ronda, Priego, Osuna, Baena, Almuñécar, Aracena y Ubrique, lugares vinculados a la propia biografía de Fernando de Villena, sin olvidar Guájtar-Fondón (cuna de Juanito, el Sancho de estas historias; aldea tan apartada que los cristianos no se percataron de su existencia hasta treinta años después) y Aldueña, topónimo novelesco genuino de nuestro autor, donde culminan andadura y trasiego.

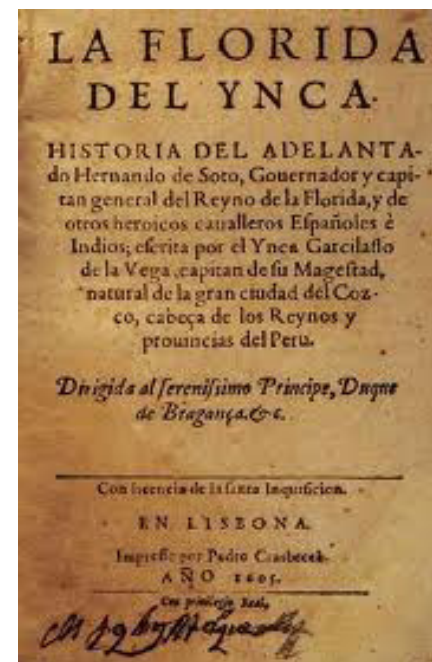
En cada sitio, aguarda un peregrino acontecimiento, digno de relatarse, sea cosa de novilladas, velatorios, fantasmas, engaños de picardía, ingenuas desgracias y eventos placeros. Y toda una sucesión de personajes condenados a su extinción gremial tan sólo



PORTADA DE LA ÚLTIMA OBRA DE FERNANDO DE VILLENA, PUBLICADA POR PORT ROYAL. «UN LIBRO BIEN POCO HABITUAL, QUE SE LEE CON TANTO AGRADO QUE TEME UNO CORRER PÁGINA, AVARO DE QUE SE TERMINE. PUES ACOMPAÑA COMO UNA BUENA HISTORIA CONTADA ANTE EL FUEGO DE UNA BUENA CHIMENEA.»

unas décadas más tarde: boticarios, curas, hacendados, mujeres devotísimas y muchachas hacendosas, algún enano malévol, la sempiterna pareja benemérita, el juez, el médico, el molinero, los corredores de comercio. Y vuelta con los casinos de pueblo y las casas de mediano y buen pasar, con sobremesa y juegos de tapete. Y entremedias, las ventas de esos caminos. Y las tabernas y fondas, con humildísimos fogones. Y bien frías alcobas, luego de una cena bien parca. Nuestro autor ha querido nombrarlas así: historietas, sin más pretensión, consciente de su linaje alarconiano: un género a medio caballo entre la anécdota y la conseja, dignas de recordación. Y en esta modestia está su encanto, y en su frescura la flor de su espontaneidad. Ocurrentes y chispeantes, jocundas, hay lugar en ellas para la risa sana y el candor de cuando fuimos muchachos. Sin duda es éste un libro bien poco habitual, que se lee con tanto agrado que teme uno correr página, avaro de que se termine. Pues acompaña como una buena historia contada ante el fuego de una buena chimenea.

Tengo yo observado, en nuestra común vida de tantos años por ventas y posadas, que Fernando jamás pide setas; aquí tiene el lector la razón, en el primero de estos cuentos. Así como del suceso del fantasma, que nos lo ha contado a José Lupiáñez y a mí no sé cuántas veces, paseando por Almuñécar, en los veranos cuando pasamos temporadas juntos los tres. Y el de la escenificación del Juan Tenorio, con el hilarante rifirrafe, que da fin al volumen. Y créame el lector que sucede cierta emoción al ver ahora por escrito cuanto nos ha relatado oralmente. Esta diferencia entre lo oral y lo escrito es del máximo interés en un escritor culto, que sin embargo no renuncia a sus raíces populares, antes las potencia, si bien tomando la necesaria perspectiva. Aquí todo nos suena familiar, desinhibido de fórmulas y desembarazado de prejuicios. Es como la vida misma, que a veces se disfruta de felicidad. El libro se acompaña de unas deliciosas viñetas debidas a José Antonio López Nevot, amigo suyo de antes que ninguno de ambos publicase su primer libro, y amigo nuestro muy estimado, regocijantes y de mucho talento.



A LA IZQUIERDA EL INCA GARCILASO DE LA VEGA (SEGÚN FRANCISCO GONZÁLEZ GAMARRA). A LA DERECHA PORTADA DE LA EDICIÓN IMPRESA EN LISBOA EN EL AÑO DE 1605, EL MISMO EN EL QUE VE LA LUZ EN MADRID, EN LA IMPRENTA DE JUAN DE LA CUESTA EL QUIJOTE DE CERVANTES. «LA FLORIDA DEL INCA ES UNA EXALTACIÓN DEL MUNDO HEROICO SEGÚN EL PRISMA RENACENTISTA. CASI PODEMOS AFIRMAR QUE ES EL CANTO DE CISNE DE DICHO MUNDO»

La Florida del Inca, otro libro de 1605



FERNANDO DE VILLENA

Aunque escritos, tanto el uno como el otro, varios años antes, en 1605 ven la luz dos libros importantísimos, dos obras maestras de nuestra literatura. Uno de ellos, el que gozó de un mayor éxito de público, es el *Quijote*, que apareció en Madrid, en la imprenta de Juan de la Cuesta, y que representa la despedida desengañada y amable del mundo heroico según el prisma renacentista. El otro, es una exaltación de ese mundo, una obra que nos viene a decir que lo recogido en los libros de caballería fue algo real hasta medio siglo antes en las gestas españolas de la conquista de América. Me refiero a *La Florida del Inca*, que el cuzqueño Garcilaso de la Vega entregó a las prensas de Pedro Crasbeeck, en Lisboa.

No están justipreciados ni en España ni fuera de ella los historiadores de Indias. A ninguno de ellos se lo menciona en los libros de Lengua y Literatura de la actual enseñanza secundaria. Y en los estudios universitarios tampoco se les presta excesiva atención. Cualquier otra nación se siente orgullosa de su pasado (por más que el pasado de todas las naciones se halle tejido con guerras, ambición y crímenes), pero España se avergüenza de sí misma o cuando menos se ignora a sí propia. Y, sin embargo, gran parte del continente americano está regado con sangre española.

Con gran lucidez nos explica todo esto el inca Garcilaso: «...yo quisiera -nos dice- tener noticia ...de todos los que fueron en conquistar el

nuevo mundo y quisiera alcanzar juntamente la facundia historial del grandísimo César para gastar toda mi vida contando y celebrando sus hazañas, que cuanto ellas han sido mayores que las de los griegos, romanos y otras naciones tanto más desdichados han sido los españoles en faltarles quienes las escribiesen...»

De un lado, el historiador representa gran lucidez al afirmar que las hazañas de los españoles en la conquista fueron mayores que las de los griegos y romanos; de otro, demuestra gran modestia (si no es que sus palabras responden al *topoi* de la «captatio benevolentiae») al decir que faltaron quienes las escribiesen. Porque gran parte de las gestas de aquellos hombres valerosos hasta el sacrificio están escritas y publicadas. Ahí se encuentran para confirmárnoslo los nombres de Gaspar de Carvajal, Ruy Díaz de Guzmán, Pedro Cieza de León, Juan de Castellanos, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Toribio de Benavente, Cristóbal Colón, Antonio Pigafetta, Alonso de Zuazo, Ginés de Mafra, Pedro de Aguado, Francisco Cervantes de Salazar, Bernal Díaz del Castillo, Pedro de Alvarado, Juan Suárez de Peralta, Bernardino de Sahagún, Diego de Landa, Hernán Cortés, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Juan de Zumárraga, Bartolomé de las Casas, Fernando de Santillán, Francisco Vázquez, Pedro de Valdivia, Andrés de Urdaneta, Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gomara, José de Acosta, Antonio de Herrera, Francisco López Jerez, Agustín

de Zárate, Antonio de Morga, Rui Díaz de Guzmán y el propio inca Garcilaso de la Vega entre otros muchos.

La Florida del Inca pertenece a un tiempo en el que la Historia era un género literario con la misma o superior categoría que cualquier otro. El positivismo, primero, y la teoría marxista, después, acabaron con esa admirable manera de enfocar los estudios históricos. Hasta Quintana, los modelos a la hora de acometer una obra histórica son Tácito, Salustio, César o Tito Livio, y ello hace deliciosa la lectura de libros como, por ejemplo, *Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza, la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña* de Francisco Manuel de Melo o el que ahora nos ocupa: *La Florida del Inca*. Así pues, la sintaxis de Garcilaso de la Vega es clásica y musical, con periodos largos donde predomina la subordinación. Además, su léxico es jugoso y abundante, no muy diferente del de Cervantes, aunque aquí nos encontremos a menudo con americanismos.

Hay aspectos en la obra muy destacables: en muchas de sus páginas queda de manifiesto la gran importancia de los caballos en la conquista de América. Poco se hubieran hecho respetar los españoles ante los indios de no ser por estos nobles y sufridos animales. Varios siglos después, el poeta modernista José Santos Chocano rendía tributo en un rotundo poema a esos caballos fuertes y ágiles de los conquistadores.

También se aprecia en *La Florida del inca* el hecho de que el motor primero de toda la conquista de América fue la fiebre del oro, de las piedras preciosas y las perlas. Desde la Florida hasta las tierras de los Patagones, desde las selvas de Nueva Granada hasta las cumbres del Cuzco o las playas de Chile, una ciega codicia empujó a miles de hombres que no dudaron en sufrir trabajos, padecer asaltos de indios y toda suerte de enfermedades o encontrar la muerte. Y tras esa quimera del oro llegan después a América los leguleyos y funcionarios reales. ¡Qué bien reflejan las crónicas de Indias la gran antítesis entre los que conquistaron con valor y sangre aquellos inmensos territorios, hombres libres, forjados muchos de ellos en las guerras de Italia, y esos otros hombres siniestros y melindrosos que llegaban más tarde a hacer sus fortunas en las chancillerías y gobernaciones y que, por lo general, desposeyeron de sus ganancias a los primeros o los ajusticiaron cobardemente como sucedió con Vasco Núñez de Balboa!

Otro aspecto importantísimo de la obra que comentamos es el caudal de noticias etnográficas que contiene. El inca Garcilaso, como casi todos los historiadores de Indias, nos muestra el asombro de un mundo ante las novedades del otro. Imaginemos el salto en el tiempo que supuso el Descubrimiento, tanto para los españoles, que vivían la gran conmoción renacentista, como para los indios de América, muchos de los cuales, como los que pueblan las páginas de *La Florida* se hallaban todavía en la edad de Piedra. Se nos describen, pues, aquí las riquezas de los enterramientos, los materiales de construcción de las viviendas, el artificio de las armas, el lujo de algunas pieles «tan bien aderezadas que en lo mejor de Alemania o Moscovia no se pudieran mejorar». Y ese asombro nos alcanza a nosotros cuando, como he señalado, el historiador nos habla de una sociedad anterior al hierro.

Asimismo, se nos da noticia de la magnitud de aquellas empresas donde no sólo participaban guerreros, sino también frailes y gentes cuyo cometido era cargar con el mantenimiento y munición. Sabemos gracias a estos textos que los conquistadores llevaban consigo incluso pjaras de cerdos. Todo ello dificultaría el avance, pero era de gran utilidad para poblar los territorios. *La Florida del Inca* es la historia de un fracaso. En vez de fundar algún poblado estable como hubiera sido lo más conveniente, aquellos mil españoles al frente de Hernando de Soto anduvieron leguas y leguas por todo el sureste de los actuales Estados Unidos (ya que entonces se llamaba Florida no sólo a la península de tal nombre sino a todos los territorios al norte del virreinato de Nueva España) primero en pos de la quimera del oro y después buscando una salida de lo que se les convirtió en un infierno. Al final la encontraron a través del río Misisipi, pero sólo 300 lograron escapar con vida.

Se nos explica en la obra todo lo atinente a la flora y fauna de los territorios que iban recorriendo los españoles, y así entendemos la gran importancia del maíz en toda América o descubrimos la magnitud de los árboles que estos hombres veían a su paso. A este propósito el historiador nos cuenta que los indios hacían sus canoas de un solo tronco de árbol y nos pondera cual sería la grandeza de algunos de aquellos troncos habida cuenta de que en una sola de las canoas viajaban hasta ochenta hombres.

La narración posee un absoluto dinamismo y alcanza una plasticidad y vigor extraordinarios cuando se nos describen las batallas entre los españoles y aquellos ferocísimos cortadores de cabelleras. Momentos hay en este libro



«EL INCA GARCILASO NOS DA VERDADERAS LECCIONES DE ESTRATEGIA MILITAR Y TAMBIÉN DEL ARTE DE LA JINETA. SABE MANTENER LA INTRIGA HASTA EL PUNTO EN QUE NOS PARECE ENCONTRARNOS CON UNA MAGNÍFICA NOVELA DE CABALLERÍAS». IMAGEN DEL INCA GARCILASO DE LA VEGA EN *THE FLORIDA OF THE INCA: A HISTORY OF ADELANTADO HERNANDO DE SOTO, GOVERNOR AND CAPTAIN GENERAL OF THE KINGDOM OF FLORIDA, AND OTHERS SPANISH AND INDIAN CAVALIERS*, TRADUCIDO Y EDITADO POR JOHN GRIER VARNER Y JEANNETTE JOHNSON VARNER, AUSTIN, UNIVERSITY OF TEXAS PRESS, 1951

que nada tienen que envidiar a las mejores páginas de la *Iliada*. El inca Garcilaso nos da verdaderas lecciones de estrategia militar y también del arte de la jineta. Sabe mantener la intriga hasta el punto en que, como ya sugerí, nos parece encontrarnos con una magnífica novela de caballerías. Basten ejemplos tan excelentes como el capítulo en el que se nos describe la aparición, cruzando un río con su séquito de amazonas y toda llena de perlas, ante los españoles, de la bellísima señora que gobernaba en Cochafiqui, a la que el historiador compara con Cleopatra en su primer encuentro con Marco Antonio. O aquel pasaje tan impresionante y amargo dedicado a la muerte y al doble entierro del adelantado Hernando de Soto. O el del encuentro con indios gigantes... ¡O tantos otros! Ello ha ocasionado que algunos críticos dudasen de la verosimilitud y rigor histórico de Garcilaso, pero nada hay aquí de invención, se trata de lo que después se ha venido a llamar realismo mágico. América es así.

Acaso fuera más correcta entonces la comparación de la obra con un cantar de gesta, pues gesta fue la jornada de la Florida (y casi todas las de los españoles en las Indias) sin parangón.

Nos conmueven los trabajos rigurosísimos de aquellos españoles que a veces tenían que sustentarse con sólo seis granos de maíz al día, que apenas si lograban dormir por los continuos asaltos de los indios y que al final (los pocos que sobrevivieron) descalzos, barbados y malcubiertos con pieles más parecían «fieras y brutos animales que hombres humanos».

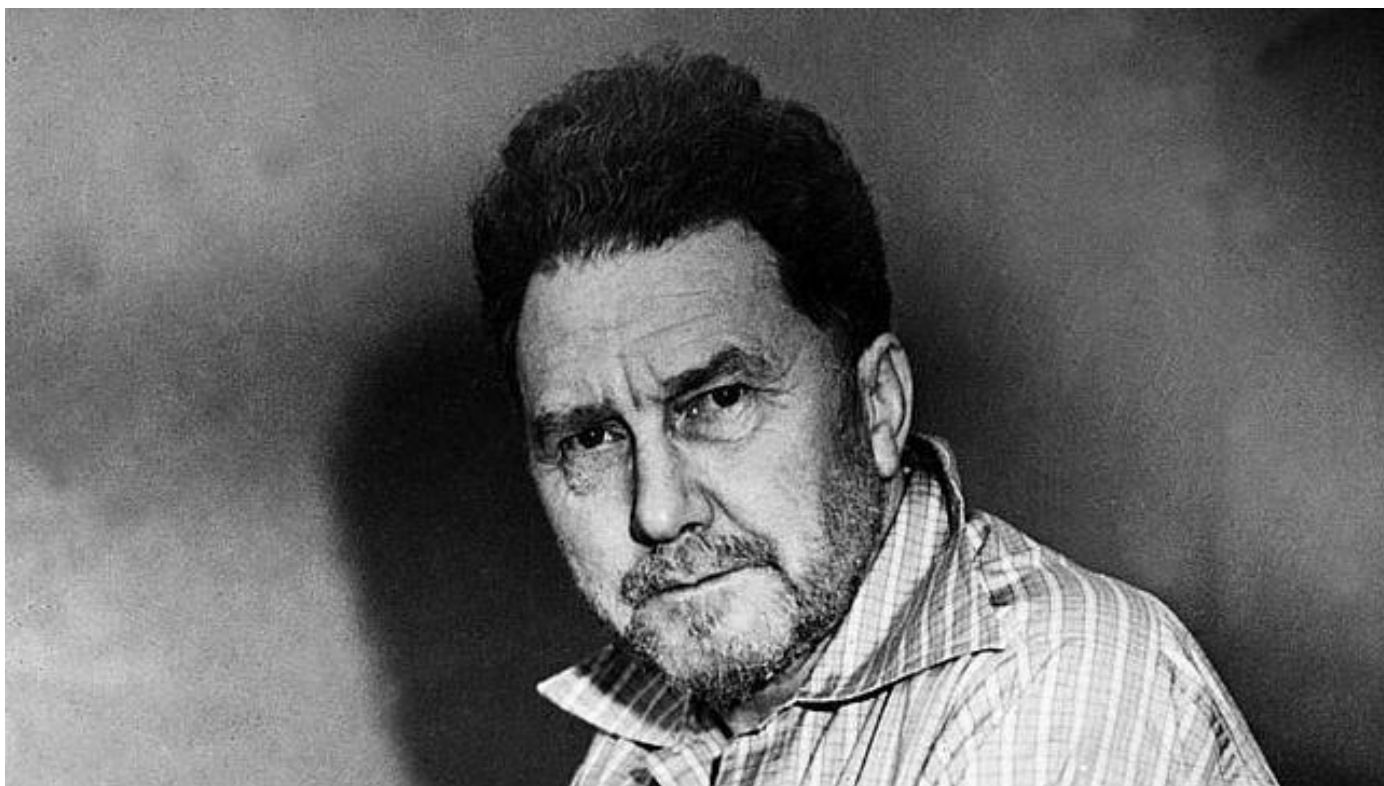
El propio Garcilaso escribe: «Con estos trabajos y otros semejantes...se ganó el nuevo mundo, de donde traen a España cada año doce y trece millones de oro y plata y piedras preciosas».

No pone el historiador, como suelen hacerlo otros que cultivaron el género, grandes discursos en boca de los personajes, acaso porque su interés radica más en ofrecer la imagen del gran esfuerzo colectivo, aunque, eso sí: todos los diálogos que reproduce resultan muy verosímiles. Asimismo, hallamos en este magnífico

libro hondas reflexiones sobre la condición humana y sobre otros muchos asuntos. Dije al principio de este artículo que *La Florida del Inca* es una exaltación del mundo heroico según el prisma renacentista. Casi podemos afirmar que es el canto de cisne de dicho mundo. Al igual que don Quijote, el historiador Garcilaso contrapone los caballeros que esfuerzan y obran el bien a los ociosos cortesanos. Para él «no puede haber nobleza donde no hay virtud» y valor, en tanto que la plebeyez es sinónimo de cobardía. Una nueva mentalidad está naciendo y así, el autor se asombra con agrado de que muchos de aquellos hidalgos, señores de vasallos, que participaron en la expedición trabajasen cuando les fue necesario como herreros o carpinteros, oficios que eran considerados viles y mecánicos. Piénsese que hasta bien entrado el siglo XVIII, en España, según nos describe Jorge Manrique en sus *Coplas*, por causa de ejercer tales oficios se perdía la condición de noble.

Y nos falta mencionar los elementos autobiográficos de la obra. En numerosos pasajes Garcilaso detiene la narración para ofrecernos algunos recuerdos suyos, testimonios de primera mano de costumbres y de curiosidades que él conoció de niño o de mozo en aquel inmenso continente recién descubierto. Aquí se aprecia la nostalgia del escritor que, sin duda, sentía con idéntica pasión la sangre india y la sangre española que circulaba por sus venas.

Finalmente, he de señalar esa insistencia que muestra Garcilaso, a través de muchas páginas del libro, ya ponderando la fertilidad de las tierras, ya ofreciendo consejos de estrategia bélica, para que España retomase la conquista de la Florida. Vuelvo a decir que, en realidad, el escritor indio vive, como don Quijote, en la ilusión de un pasado heroico; pero la España del fin del XVI e inicios del XVII no era ya la de 1540, sino un país cansado donde se incubaban las guerras civiles, una gran nación que había venido a manos de covachuelistas, un «vasto dominio» donde más que para nuevas conquistas ya sólo quedaba espíritu para el desengaño.

EL POETA
EZRA
POUND

La inquietante dualidad de Ezra Pound

MAURICIO
GIL CANO

La dualidad, al menos desde que publicase su gran novela breve *El doble del doble*, forma parte de ese «mundo inequívoco de obsesiones y ficciones» que, según Miguel García Posada, confieren un tono absolutamente personal a la voz de Justo Navarro, narrador, poeta y traductor nacido en Granada en 1953 y cuya obra le ha situado ya como referencia ineludible y necesaria de la literatura española contemporánea. Con su libro de poemas *Un aviador prevé su muerte* obtuvo el Premio de la Crítica en 1987. Ha publicado además las novelas *Hermana muerte* (Premio Navarra 1989), *Accidentes íntimos* (Premio Herralde 1990), *La casa del padre*, *El alma del controlador aéreo*, *F.* (Premio Ciudad de Barcelona 2004), *Oppi* y *Finalmusik*, entre otros títulos.

En *El espía* (Barcelona: Anagrama, 2011) Justo Navarro se aproxima a la figura del gran poeta norteamericano Ezra Pound y al delirante papel que desempeñó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se convirtió, a través de sus emisiones por Radio Roma, en un activo propagandista del fascismo de Mussolini y en propulsor de ideas antisemitas, aunque este segundo extremo siempre sería rebatido por el propio Pound, quien, en la novela de Navarro, oye de Bilenchí, fascista arrepentido, las desventuras de un judío alemán. Sumamente impresionado, el poeta matiza: «Los judíos, individualmente, especialmente si son pobres, son seres humanos como nosotros. Pero colectivamente y controlados por los capitalistas han organizado una infatigable conspiración contra la humanidad, añadió. ¿No sabía Pound lo que les pasaba a los judíos en Italia? Y no colectivamente, sino individualmente, preguntó y precisó Bilenchí».

Su actividad durante el período bélico le depararía la grave acusación por parte del gobierno de Estados Unidos de traición a la patria, un delito penado con la muerte. Sin embargo, Pound no llegaría a ser juzgado. Declarado loco, pasaría doce años en un psiquiátrico para luego

salir en libertad y trasladarse de nuevo a Italia. Murió en Venecia en 1972. Su figura, contradictoria y fascinante, ocupa un lugar principal en la historia de la literatura, por su vinculación a la llamada generación perdida y los movimientos literarios que impulsó: el imaginismo y el vorticismismo. En 1908, había marchado a Europa. Tras una breve estancia en España, donde recoge material para una tesis sobre Lope de Vega que nunca llegó a publicarse, viviría en Londres, París e Italia, donde promovió y dio a conocer a las principales figuras literarias y artísticas de su tiempo. Las letras españolas se ocupan de él en poemas memorables, como los que le dedican Juan Luis Panero, Antonio Colinas o José Hierro: los dos primeros, a su decrepitud en Venecia; el tercero, a su aislamiento en el manicomio. Y ahora, esta novela magistral de Justo Navarro, que se centra en el episodio más polémico de la biografía del gran poeta.

En Metato, Pisa, una jaula del Disciplinary Training Center es el escenario que sirve de eje a la novela y vínculo espacial entre Ezra Pound y J. N., el traductor que narra la historia en la ficción, cuyas iniciales corresponden igualmente al escritor Justo Navarro, también traductor, quien realmente estuvo allí, por las mismas fechas que Pound, pero sesenta años después. «Todo, real o inventado, aparece como hecho, personaje o lugar de la imaginación», avisa la frase que precede a la obra.

La novela de Justo Navarro se inicia precisamente en el momento de la detención de Ezra Pound, «la mañana del 3 de mayo de 1945, en Sant' Ambrogio, Rapallo, no muy lejos de Génova». Pound se lleva a su cautiverio un libro de Confucio y un diccionario de chino. Los partisanos que le detuvieron consideraron inofensivo al poeta americano y deciden dejarle en libertad. Pero Pound solicita ser conducido inmediatamente ante las autoridades estadounidenses.

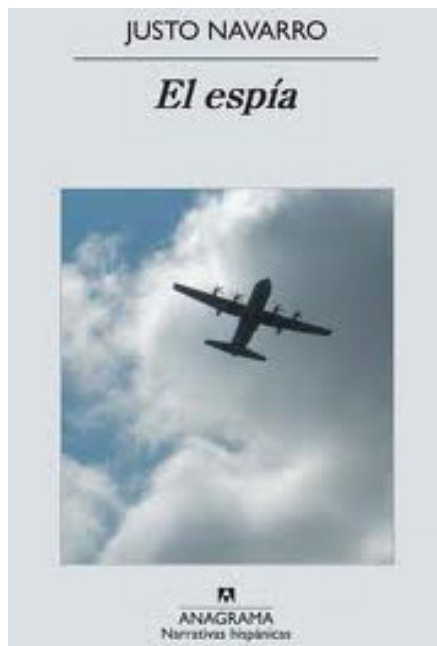
Otra dualidad precisa la novela sobre Ezra: en Rapallo, vivía con dos mujeres: Dorothy Shakespear, su esposa, y Olga Rudge, su amante y madre de su hija. Simbólicamente, esta significativa relación encuentra su analogía en las dos patrias –Estados Unidos y Europa– del poeta. Llevado ante los mandos americanos, Pound prestará, con el entusiasmo de un viejo sabio que ha encontrado a dos jóvenes discípulos que le escuchan, declaración ante dos agentes especiales. De resultados de su exultante confesión –«Se había metido tanto en el papel de fascista que lo representaba con total sinceridad», apunta Navarro–, Pound será trasladado al campo de prisioneros que tenían los americanos en Pisa, donde lo encerrarán en una jaula, expuesto al sol de día e iluminado por un foco durante la noche. Una estrategia para evitar el suicidio que era a la vez, como sugiere el narrador, una invitación al suicidio.

Los capítulos centrales de la novela –del III al X– reconstruyen las peripecias de Pound durante la contienda y su fascinación por Mussolini, hasta llegar a una superposición de secuencias temporales. El narrador de la historia arriba también a Pisa, como se ha dicho, por las mismas fechas que lo hizo Pound, pero más de medio siglo después. Curiosamente, en la jaula del Disciplinary Trainig Center, sobre dos hojas de papel higiénico, comienza el poeta a escribir sus *Cantos Pisanos* –una anagnórisis dentro de su clamor personal contra la usura–, que serían reconocidos en 1949 con el premio Bollingen por la Biblioteca del Congreso de Washington. Esta distinción levantaría gran polémica, hasta el punto de que el premio no volvería a ser concedido nunca más por dicha institución.

Quizá la trama más fabulosa de la obra se inserta –o no– a partir de la llegada del traductor-narrador a Pisa, donde se demuestra la hipótesis de la condición de espía doble de Pound –«al final fue un héroe a costa de ser dos veces

traidor»-. Como sospecharon los servicios secretos italianos, podía estar transmitiendo información cifrada dentro de sus absurdas arengas: «La prueba de que los mensajes de Pound tenían un sentido oculto, esencial, era que todo lo que decía Pound no tenía ningún sentido». En la ficción, el traductor J. N. es en verdad el segundo narrador. El primero sería un amigo italiano de éste, el novelista Carlo Trenti, pseudónimo de Federico Galetti –otra duplicidad-. Así, J. N. pasa de lector a verse involucrado en la historia y continuar su narración, sirviéndose para ello del testimonio de otro personaje que ya había aparecido antes, el agente Manganaro, ahora, un anciano de casi cien años que había llegado de su sospecha inicial a la certeza.

En cualquier caso, el enigma Pound no queda completamente despejado, sino que la lectura de *El espía* invita a seguir reflexionando. Tras lo anecdótico, hay una cuestión ética de fondo: la actitud del intelectual cegado por una idea que, con dosis tan elevadas de ingenuidad como de egotismo, no ve el daño real que producen las palabras que pronuncia: «Participaba como predicador en la más grande persecución religiosa de la historia y, hombre de cierta cultura,



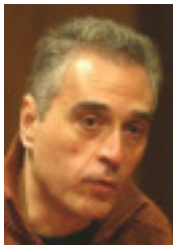
PORTADA DE LA ÚLTIMA NOVELA DEL ESCRITOR GRANADINO JUSTO NAVARRO, PUBLICADA POR ANAGRAMA

poeta, a quien se le presumía una sensibilidad especial, ni se dio cuenta».

El espía es una novela escrita con inusual sabiduría narrativa, que economiza el lenguaje en favor de la transcripción de los hechos, aunque no desdeña recursos retóricos como la enumeración, en un tono objetivo que acrecienta la verosimilitud de lo fabuloso. O los efectos del uso de la disyuntiva, que afianza la duda de la duplicidad. Una recreación biográfica –como hiciera su autor en *F-* que no excluye la autoficción –ya empleada en *Finalmusik*– para acercarse a una personalidad ambivalente y poliédrica, capaz de la lucidez y la locura, con la que el narrador llegará a identificarse: «lo confieso, vi en el modo de escribir de Pound una mente próxima a la mía».

Frenético fascista o espía inalcanzable, genio o criminal, la novela de Justo Navarro nos lleva a concluir que «lo uno, visto bien, siempre es dos». Pero aún encontrará el lector más dobles, más aristas, más sombras y luces deslumbrantes en este vagón de la literatura, «un vagón» –ha escrito el autor granadino– «tan exactamente igual al mío que me pareció un reflejo, un desdoblamiento del mío, y en ese vagón me pareció irme, alejarme de mí en dirección contraria».

El final del Ave Fénix



JOSÉ VICENTE PASCUAL

Decía un viejo maestro que la narrativa es un arte difícil que exige al lector cierto grado de compromiso, esfuerzo personal y aprendizaje para disfrutar plenamente del mismo. En el caso de *El final del Ave Fénix* parece que ese compromiso antes aludido se amplía a los ámbitos de lo emocional, y ese es, según mi experiencia de lector, el primer logro de Marta Querol con esta sobresaliente novela.

Sobresaliente porque no es habitual encontrar una «ópera prima» narrativa con tan decidido pulso, sin denotar los titubeos y ciertos altibajos en el discurso prosístico tan característicos de autores principiantes. La prosa de Marta Querol fluye con potencia y sencillez, amena y subyugante en algunos tramos de la novela; vuela cuando tiene que ser ágil y afina cuando se le exige precisión. Su forma de escribir gusta desde el comienzo, armoniza con el deseo más o menos confeso de los lectores de encontrar una historia atractiva contada con eficacia, sin desmesurados alardes de «profundidad» que enmarañan el relato y, al mismo tiempo, libre de la labilidad y acomodo ideológico que tan de moda están hoy día. Da la sensación de que la autora, en cada momento, sabe lo que quiere decir y cómo hacerlo; y la escritura está en sus manos para conseguirlo eficazmente, es decir: manejando el lenguaje y su técnica. Con demasiada frecuencia, suele suceder el fenómeno inverso, cuando la prosa sin dueño conduce al escritor primerizo a territorios desolados.

Aunque hablaba al principio de ese «compromiso emocional» que *El final del Ave Fénix* pide al lector para adentrarse en los recónditos más gratos de esta novela. Después de un inicio arrollador, de captar la atención del lector y sujetarlo al relato y advertirle: «vas a sentir emociones», viene el gran ofrecimiento, el cumplimiento del débito para con una vida extraordinaria y el personaje que encarna a una mujer excepcional. Todo lo cual no

se lograría sin el trazo vigoroso y puntual de unos personajes excelentemente dibujados y desarrollados, verosímiles y que empatizan de inmediato con el lector.

Elena, muchacha nacida en una familia de posición acomodada, adviene a un mundo que tiene prefigurada, por costumbre y norma social, su condición de mujer desposeída de sí misma. Carlos es pobre y lo imaginamos, nada más conocerlo, destinado a luchar para conseguirlo todo. Desde cierto punto de vista, Carlos es mucho más rico que Elena. Ella, sin haber empezado a vivir, carece de vida propia. Él tiene todo que ganar. La lucha de ambos es admirable. Cada uno, a su manera, es un ser desnudo que necesita forjar y conquistar sus sueños. Los sabemos destinados a amarse y la novela nos involucra en una cantidad desconcertante de situaciones abrumadoras, generadoras de conflictos que alimentan nuestra impaciencia. El lector se pregunta cómo es posible que la madre de Elena pueda ser tan superficial, y el padre tan insensible, tan obcecado en su mundo de *bon vivant*. Se les llega a aborrecer, como se aborrecen situaciones desesperantes para Elena Lamarc y Carlos Compay. La descripción de la Gran Riada del 57, en Valencia, es antológica. La misma, nos revela otro acierto de esta novela: tratándose de una saga familiar, la cual transcurre desde los prolegómenos de la guerra civil española hasta prácticamente nuestro tiempo, la autora ha prescindido de la tentación costumbrista para aspirar (de lo bueno, lo mejor), a la narración dramática en sus más nítidas dimensiones de fábula moral. Por poner un símil no demasiado artificioso, entre Galdós y Flaubert, Marta Querol ha intentado acercarse a Dickens.

Es probable que este empeño la haya ayudado, y mucho, a convertirse en una novelista relevante (lo que equivale a importante), en el nuevo panorama literario.



EL FINAL DEL AVE FÉNIX, MARTA QUEROL BENÈCH EDITORIAL ALADENA, 2011 196 PÁGINAS, 22 EUROS

Voltaire y los cuáqueros



FCO. GIL CRAVIOTTO

Justo será comenzar por el principio. Hoy, al leer el sustancioso artículo del escritor Patrocinio Ríos Sánchez sobre Luis Usoz y Río y los cuáqueros en España, publicado en el pasado número (abril 2011) de la cada día más prestigiosa revista literaria *Pliegos de Alborán*, inmediatamente me ha venido a la mente Voltaire y su conocido libro *Lettres Philosophiques*, escrito durante su fructífera y obligada estancia en Inglaterra. En él hay nada menos que cuatro cartas dedicadas a la secta de los cuáqueros. En mi edición, (Editorial Flammarion, París 2006) van de la página 75 a la 93.

Antes de entrar en el tema de los cuáqueros no estará mal traer al lector algunas notas interesantes sobre el libro de Voltaire. Se trata de la primera obra polémica del famoso escritor. Tan polémica y demoledora que la crítica actual la ha calificado de primera bomba contra el antiguo régimen. En ella ya aparecen, aunque sea en germen, las ideas fundamentales del pensamiento volteriano.

Voltaire llega a Inglaterra asqueado de Francia, donde ha sido objeto de varios desaguados que, de una manera injusta y totalmente arbitraria –y nada menos que dos veces–, han terminado con él en la Bastilla. La última de ellas, precisamente la que aquí nos interesa, ha pasado a la historia con el nombre de *affaire Rohan* o *la batonade de Rohan*. Un noble, Guy Auguste de Rohan-Chabot, tras una agria discusión con Voltaire en la Comedia Francesa en presencia de la actriz Adrienne Lecouvreur, le tiende una trampa: una cena literaria (otras versiones dicen que fue almuerzo) en casa del duque Sully, amigo de Voltaire, pero mucho más amigo de Rohan, en la que, a poco de comenzar, alguien llama a la puerta preguntando por el escritor. Voltaire sale y en la calle se encuentra dos carrozas. En una está el caballero Rohan-Chabot; de la otra surgen cuatro lacayos del noble que, bastón en mano, mientras dos sujetan al escritor, los otros dos lo tunden a bastonazos. Ningún bastonazo le hirió la cabeza. Fue Rohan el que, desde su carroza, mientras presenciaba el espectáculo, gritó a sus matones: «Ningún golpe en la cabeza, que esa cabeza todavía tiene que dar mucho de sí». Lo cual demuestra que, aunque fuera su enemigo, Rohan lo consideraba un genio. Ninguno de los reunidos en casa de Sully intervino. La nobleza hacía piña entre sí. Ante tal humillación, Voltaire cometió uno de los errores más grandes de su vida: pedir justicia al rey. Otra versión, más creíble, dice que quien pidió justicia no fue Voltaire, sino Rohan, que temía la venganza de la víctima. Fuese uno u otro, lo cierto es que Luis XV impartió «justicia» al instante: inmediatamente firmó una orden por la que enviaba a Voltaire a la Bastilla. ¡Además de apaleado, encarcelado! Tras quince días a la sombra (según otras versiones fueron seis meses) Voltaire fue autorizado a marchar exiliado a Inglaterra.

Allí permaneció treinta meses (de mayo 1726 a diciembre 1728) que no pudieron ser más fructíferos: perfeccionó el inglés, se empapó de la cultura británica, dedicó una atentísima mirada al pensamiento de los principales filóso-



EL JOVEN VOLTAIRE

sofos y científicos de la isla –Bacon, Locke, Malebranche, Newton–, y estudió con la máxima atención los distintos credos que, al socaire del protestantismo, habían surgido en los últimos tiempos. Uno de estos credos es precisamente el de los cuáqueros. Con esta secta se inicia el libro y a ella dedicará las cuatro primeras cartas de la obra, más alguna otra alusión posterior (1). Después, antes entrar en el tema de los pensadores, dedicará otras varias cartas a los anglicanos, presbiterianos, arrianos, antitrinitarios, etc. Pues, como dice Voltaire: “En este país de las sectas un inglés, como hombre libre, va al cielo por el camino que más le gusta”. Observe de soslayo el lector el certero dardo que, al llamar al inglés «hombre libre» –se sobreentiende: «y el francés no lo es»–, está lanzando Voltaire contra la Francia de los Borbones. Todas las cartas están llenas de dardos parecidos, algunos mucho más dolorosos. Unas cartas que no van dirigidas a nadie en concreto, sino a toda la Humanidad. Él sabe que escribe para la Humanidad y que sus *Lettres* –veinticinco en total– harán Historia.

Aunque el libro merece un estudio mucho más amplio, para no cansar al lector, aquí sólo me voy a referir a las cuatro cartas dedicadas a los cuáqueros.

En la primera de ellas el joven Voltaire visita a un cuáquero que vive en las proximidades de Londres. Casita pequeña y limpia. Todo está en orden. El cuáquero es un vejete, todavía fresco, que jamás ha padecido enfermedad alguna. Recibe a Voltaire vestido de ropas extravagantes, cubierto con sombrero y muy sonriente. Aunque jamás se han visto y Voltaire, siempre se dirige a él con la fórmula de cortesía, él, desde la primera frase, le tutea.

Poco después sabemos que en todos los cuáqueros es así: no se descubren ante nadie y a todo el mundo le hablan de tú. También sabemos que son decididamente pacifistas –no a toda guerra, no a toda milicia– y muy caritativos. Otra novedad: es una de las pocas religiones que no tiene clero, tampoco sacramentos.

Hacia la mitad de la carta Voltaire le pregunta si está bautizado. «No, responde el cuáquero, y mis compañeros tampoco». «¿Ustedes no son cristianos?», vuelve a preguntar Voltaire. «Sí somos cristianos y tratamos de ser buenos cristianos», –responde el cuáquero–, pero en modo alguno pensamos que el cristianismo consista en echar agua fría por la cabeza con un poco de sal». «Sin embargo, –le responde Voltaire–, Jesús fue bautizado.» «Cierto –añade el cuáquero–, fue bautizado por Juan, pero nosotros no somos discípulos de Juan, sino de Jesús, que no bautizó a nadie». «En un país católico usted ya habría sido quemado», concluye Voltaire.

Continúa la charla y hacia el final de la carta el buen hombre expone la moral y los principios por los que ellos se rigen. Traduzco: «Nosotros llevamos una vestimenta un poco diferente a la de los otros hombres, con el fin de no parecerles. Los otros llevan sus marcas, su dignidad y nosotros la de la humildad cristiana; nosotros huimos de las asambleas, del placer, de los espectáculos, juegos; (...) nosotros no vamos jamás a la guerra, no por miedo a la muerte, al contrario, bendecimos el momento que nos une al Ser eterno, pero es que no somos ni lobos ni tigres, sino hombres cristianos. Nuestro Dios nos ha ordenado amar a nuestros enemigos y sufrir sin murmurar. (...) Después de una batalla, cuando



CUÁQUEROS

en Londres brillan luminarias y el cielo se llena de cohetes en acción de gracias, nosotros gemimos en silencio pensando en los muertos que causan tanta alegría».

No hace Voltaire ningún comentario. Ahí queda eso. Es el lector el que tiene que meditar el texto y sacar las consecuencias. Ha terminado la primera carta. En la segunda, invitado por el vejete que conoció días antes, Voltaire asiste, en una capilla de Londres, a un acto religioso organizado por los cuáqueros. Hay en la sala alrededor de cuatrocientos hombres y trescientas mujeres. Cuando ellos llegan, hombres y mujeres están sentados y en profundo silencio. Ellas ocultan el rostro tras los abanicos; ellos van cubiertos con sus característicos sombreros. Al cabo de un cuarto de hora el silencio se interrumpe: un hombre se levanta, se toca el sombrero y, entre muecas y aspavientos, comienza un sermón, sacado del Evangelio, que Voltaire califica de «galimatías que no lo entiende ni el propio predicador». Cuando el buen hombre termina y la gente, idiotizada y catequizada, comienza a salir, Voltaire pregunta a su amigo: «¿Cómo puede ser que los más inteligentes de entre ustedes puedan tolerar semejantes idioteces?». La respuesta del cuáquero es ésta: «Estamos obligados a tolerarlo, porque no podemos saber si el hombre que se levanta para hablar va inspirado por el espíritu o la locura; en la duda nosotros escuchamos todo pacientemente. Incluso a las mujeres les permitimos hablar.» (...) «¿No tienen curas?», pregunta Voltaire. «Gracias al Cielo nosotros somos los únicos sobre la tierra que no tenemos ni un solo cura. (...) ¿Por qué abandonaríamos a nuestro hijo en manos de amas de leche mercenarias, cuando nosotros tenemos leche suficiente? Estas mercenarias muy pronto se harían dueñas de la casa y oprimirían a la madre y al hijo». Sigue una larga charla entre ambos, repleta de citas evangélicas que aquí no vamos a reproducir. Al final el cuáquero termina con este sermón: «Tu vives en Dios, tú te mueves, tú piensas en Dios; tú no tienes más que abrir los ojos a esta luz, a esta sabiduría que ilumina a todos los hombres». Voltaire interrumpe el sermón: «Malebranche», dice. «No, Malebranche, responde el cuáquero, era un poco cuáquero, pero no lo suficiente».

La tercera carta está dedicada al nacimiento y expansión de la secta. Voltaire que, además de filósofo e historiador, es también un consumado novelista, ha añadido a la narración

algunas sabrosas anécdotas que, tanto si son verdaderas como si son inventadas, le dan al relato colorido y amenidad.

Según cuenta Voltaire y confirma la Historia la secta fue fundada por un tal Fox, un iluminado pacifista, que tan sólo con veinticinco años comenzó a predicar contra la guerra y los clérigos. Si se hubiese limitado a predicar solamente contra la guerra –aclara Voltaire– no hubiese ocurrido nada, pero en sus prédicas incluía también a los curas de todo signo, y éstos no tardaron en denunciarlo. Fue detenido y llevado ante el juez. Cuando el alguacil que lo conducía vio que no se descubriría, le propinó una gran bofetada al tiempo que le arrebató el sombrero. La sorpresa del hombre fue mayúscula cuando vio que el reo le ofrecía la otra mejilla. No tuvo que pedirselo dos veces. El juez, como primera disposición, le ordenó que jurase. Fox respondió que no podía jurar el nombre de Dios en vano. El juez no se anduvo con contemplaciones: dio orden de que fuese generosamente azotado. Los servidores de la justicia quedaron pasmados cuando oyeron que la víctima pedía una segunda tunda de azotes para lavar sus pecados. Se la dieron con mucho gusto y, en cuanto terminaron, el buen hombre comenzó sus prédicas. Primero todo fueron risas y comentarios jocosos, pero después empezaron a escuchar con atención sus alegatos contra la guerra y la milicia. Fue así como, los mismos que unos minutos antes habían estado azotándolo, se convirtieron en sus primeros discípulos. Esto no le evitó a Fox pasar unos cuantos meses a la sombra. Cuando salió de las mazmorras añadió un nuevo matiz a sus sermones callejeros: fue el temblor y las muecas. Aunque lo más probable es que esto se debiera a la falta de alimentación y la humedad de las mazmorras, sus seguidores lo interpretaron como señal inequívoca de que estaba asistido por el Espíritu Santo. En seguida sus discípulos, imitando al maestro, comenzaron a temblar también en todas sus prédicas. Fueron estos temblores los que terminaron por dar nombre a la secta, que en seguida todo el mundo comenzó a llamar los cuáqueros (los que tiemblan). Fox continuó predicando y temblando hasta el final de sus días. A su muerte la secta había crecido enormemente.

Algunos años después aparece en escena otro personaje decisivo en el desarrollo y difusión de la secta: Guillermo Penn. Con él entramos en la última carta que Voltaire de-



GEORGE FOX



WILLIAM PENN

dica a los cuáqueros. Guillermo Penn, hijo único del vicealmirante Penn, pertenecía a una familia de nobles y había estudiado en Oxford, fue el personaje que logró llevar la secta hasta América. También podría haber sido la persona que en Europa hubiese hecho respetables a los cuáqueros si los hombres –añade Voltaire– pudiesen respetar la virtud bajo las apariencias del ridículo.

En la difusión por América Guillermo Penn fue pieza esencial. También la suerte tuvo su importancia. Ocurrió que el rey Carlos II de Inglaterra, por unas razones en las que aquí no vamos a entrar, entregó a Guillermo, una extensísima provincia de América que entonces ni siquiera tenía nombre. Fue él quien le daría nombre, Pensilvania (tierras de Penn) y fundaría la capital, Filadelfia, la ciudad del amor fraternal. Allí fueron a parar los cuáqueros de todo el mundo, que en seguida se hicieron famosos por su sentido de la caridad, su bondad, sus vestimentas y costumbres peregrinas. Poco a poco, gracias a su pacifismo y trabajo, lograron hacer de aquel lugar lo más parecido a un verdadero paraíso en la tierra.

Con el fallecimiento de Jorge Fox y Guillermo Penn (el primero en 1691 y el segundo en 1718) la secta comenzó una acelerada decadencia que, cuando en 1726 llegó Voltaire a Inglaterra, parecía imparable. Las razones las resume muy bien el gran escritor francés en esta frase: «En todas partes, la religión dominante, cuando no persigue a las otras, se las traga a la larga».

Con esta carta, –la cuarta del libro–, termina Voltaire el tema de los cuáqueros y nosotros nuestro trabajo.

(1) También aparecen los cuáqueros en otra de sus obras más conocidas: *Cándido*.



«ENTRABAN POR LAS CALLES DEL PUEBLO SOPLANDO CARACOLAS Y LOS CAPATACES Y MANIJEROS LOS IBAN DISTRIBUYENDO SEGÚN LAS NECESIDADES DE LOS LABRADORES Y HACENDADOS DEL PUEBLO»

Los días sagrados



PEDRO RODRÍGUEZ PACHECO

Se me encoge la edad con el verano. Y surgen, de la más remota memoria, chispazos impresionistas que muchas veces, cuando los rememoraba con mi madre, ésta se admiraba de que pudieran estar ahí, tan vivos y permanentes: «pero si tendrías cinco o seis años», decía. Lo que de verdad hoy me admira es que alguna vez pudiera haber tenido cinco o seis años... Pero, al aparecer, los tuve y, en la luminosidad de la edad, pisándole a la primavera los calcañares cándidos, llegaba junio, el tiempo de la siega y, con junio, un día mágico, el pueblo se llenaba de forasteros: eran los segadores; vestían de crudillo claro y ceñían las cinturas de fajas de vivos colores, según el grado de maestría en el oficio: segadores, trilladores, venteadores... Entraban por las calles del pueblo soplando caracolas y los capataces y manijeros los iban distribuyendo según las necesidades de los labradores y hacendados del pueblo. Pasada la festividad de San Pedro, tras la verbena en el recinto amurallado del arruinado alcázar almohade, con el mismo ceremonial de la llegada, se iban. ¿De dónde venían? He indagado y unos me dicen que de la Sierra de Aracena, otros, que de las estribaciones de Sierra Morena... Pero en la memoria persiste la luz de aquellas súbitas mañanas de color y sonido, el ronco sonar de las caracolas, el volteo de las campanas celebrando la culminación de las faenas de la tierra, el tronar de los cohetes en la festividad de San Pedro, cuando se iban... Un año dejaron de llegar. Y el niño tuvo que atesorar de los siguientes veranos otras mercaderías celestes para sustentar su memoria y saber por ella –pese a la lejanía del perfume– que fue un niño con el terciopelo sin ajar en la mirada.

Sigilosamente eran otros estímulos, otras notas sobre el pentagrama inexorable de la luz. Ahora las mañanas las ocupaba con mis hermanas en nuestra modesta ceterería: teníamos –alicortados– una primilla y un cernícalo; les habíamos puesto nombre, Gala Placidia, la hembra, y Petronio, el macho. Temprano me acercaba al mercado, a la carnicería de Eustaquio Marina que ya, aleccionado por mi padre, me daba un papelón de pitracos, pitanza celebradísima por mis rapaces, las que, también, como los segadores, crecidas las alas, habían por el otoño de abandonarnos. Frente al mercado, adjunto al matadero, había una taberna, tan rústica, que tomaba el nombre de los despojos sobrantes del matadero. Recuerdo el amplio portalón despintado y cariados los cuarterones de sus hojas; a pleno sol, una jauría de galgos, a dentelladas limpias, mondaba las cabezas de cabras envueltos en un enjambre de moscas. Aún tan temprano, si el niño, curioso, miraba al interior de la taberna, sorprendía a una serie de parroquianos –jornaleros taciturnos en paro– ante unas botellas, reutilizadas de agua de Carabaña, en minucioso y repetido trasiego del vino peleón de la desesperanza. Ya sobre la hora del almuerzo se les vería salir por el desvencijado portalón haciendo eses, cantando a voz en grito aquello de *La Parrala*, para unos nacida en Moguer y para otros en la Palma del Condado...

Uno de los tenaces parroquianos de la taberna del Pitracos, era Juan Espina el barbero. Fue mi increíble introductor a *El Quijote* y a *Hamlet*. Llegaba yo con mi imposible cabeza, el flequillo metido literalmente en los ojos, y Espina me ponía el paño y empezaba el suplicio: cogía la maquinilla e iniciaba el

interminable ritual; en plena tarea de pellizco y trasquilones, de pronto, se detenía en su desenfreno y empezaba a recitar: «La del alba sería cuando Don Quijote salió de La Mancha, tan dichoso, tan alborozado de verse ya armado caballero que la dicha le reventaba por las cinchas del caballo»... Y, de la misma manera, de súbito, dejando la maquinilla cogida al pelo, colgando, se marchaba al Pitracos a largarse dos o tres vasos de vino para, luego, regresar a terminar de desfigurarme –según mi madre: hijo, ya te han desgaciado–, ahora al recitado del monólogo del «ser o no ser» de Hamlet.

En mi Sanlúcar la Mayor de los nardos de agosto, ¿fui un niño de siete, ocho, nueve años? Aún la luz me traspasa en cendales de amanecidas, de amapolas reales en los crepúsculos por las lejanías inmensas del Condado de Niebla. Todo aquel primor blanco de un caserío unánime aún bulle en mi palabra, las palabras que aprendí en los calostros sentenciosos de aquellos hombres líricos: «niño no bebas de esa agua que está dormida»... Aprendiendo de ellos el espacio y el tiempo: «la hacienda de Benazuza está a tres voces de camino», o, «faltan tres garrochas para ponerse el sol»... Y aquellos pregones, ante la casa de mi abuelo, del pescadero ambulante de Coria del Río: «Don Francisco, asómese al balcón para ver los jardines de la mar». O la resignación ante la muerte porque «somos casta de muertos».

La música, la belleza de la palabra, hiriendo –¡tan pronto!– al niño, irremediable, apasionada, fulgurantemente. Y, siempre, como un hosanna estival, el aroma de los jazmines acompasando el run run de los abanicos en los días sagrados de aquellos imposibles estíos.